

# REGRESO AL FUTURO

## Erredorrea

Texto e ilustraciones

Los que vivimos Errenteria el día a día quizá no nos percatamos detenidamente de los cambios que experimenta el pueblo y no somos críticos con ciertos aspectos del mismo. O por lo menos, no tanto como un foráneo, sobre todo si es un gran observador y de profesión arquitecto.

Todo esto viene a cuento de una carta que recibimos hace unos meses anunciándonos el fallecimiento de un familiar lejano, eso sí... vivía en Suecia. Realmente era un primo segundo de nuestra madre nacido en Donostia en el año 1917 pero que conocía Errenteria perfectamente porque pasaba muchos días en la villa. ¿Le gustaría?... también he oído rumores en casa de una media novia que tuvo en el pueblo. La carta adjuntaba unos cuantos escritos sobre su estancia en Errenteria hace unos años. Una pequeña memoria o una serie de reflexiones sobre lo que percibió.

No voy a dar grandes datos del que para la familia era el tío Dieter, lo importante en este caso son sus observaciones sobre el pueblo que vio por última vez en el año 36 del siglo pasado. Eso sí, hay que decir que a sus 85 años estaba perfectamente, hablando el español con fluidez, haciendo comentarios con gran sentido del humor y, sobre todo, fijándose en todos los detalles.

A principios del año 2002, en uno de los esporádicos contactos que manteníamos vía correo electrónico (fotos, felicitaciones, etc.), nos dijo de su interés por visitar Euskadi y concretamos la visita para mayo.

Viví una quincena intensa haciendo de "cicerone" con él, sobre todo, pateando el pueblo, haciéndome observaciones, riéndose de ciertos

aspectos, asombrándose de otros y sacando conclusiones de lo que veía. Conclusiones que me llamaban la atención pues, la verdad, yo nunca habría caído en ellas. Aparte de la que había sido su profesión, venía de un país con otro carácter y una forma de vivir totalmente diferente a la nuestra. Volvió a una Gipuzkoa que no tenía absolutamente nada que ver con la que conoció.

No recuerdo el día exacto, pero un mediodía fui a recogerlo al aeropuerto de Biarritz. Vinimos por autopista y a la altura del barrio de Beraun dio un grito y me pidió que parase.

—*Imposible* —le dije— *ni en el arcén. ¿Es que pasa algo?*

—*¡Esas casas, esas casas! ¡Qué burrada!*

Se refería al barrio de Beraun, no salía de su asombro. Tanto que al salir de la autopista me hizo aparcar y dar una vuelta por el barrio, cámara de fotos en ristre. Se reía a veces, otras soltaba algún juramento (creo) no sé si en alemán o en sueco y después de algún que otro comentario jocoso soltó:

—*¡Qué aberración! En otros tiempos quemaban en la hoguera por hacer mucho menos.*

—*¿A quién, al constructor?*

—*¡Sí!... A ése y al que se lo permitió.*

La entrada en Errenteria fue triunfal. Pero sólo habíamos empezado. Bajamos por la Avda. de Galtzaraborda y delante del Instituto pillamos uno de esos monumentos arquitectónicos "made in Errenterí" que vulgarmente llamamos "resaltos".

Le hizo tanta gracia que me hizo dar una par de vueltas de rotonda a rotonda... cualquiera que nos viera... Cada vez que pasábamos exclamaba ¡Ale hop! Y las bautizó. En el tiempo que estuvo en el pueblo, cada vez que saltábamos por un resalto, y fueron muchísimas, gritaba como un crío alborozado ¡Ale hop!. Yo, pelín fastidiado, procuraba pasar muy despacio, pero el bote era inevitable, y su chascarrillo también.

Los primeros días recorrimos de cabo a rabo la villa pero lo primero que quería ver era el río, ese río que cuando lo conoció él daba muchos sustos al pueblo, algunos con trágicas consecuencias. Coincidió con alguna de las riadas históricas. Sabía que se había canalizado, pero también sabía de sus olores, de su suciedad, que era un río muerto. Cuando se acercó a la orilla lanzó una exclamación que no entendí, pero se agarró a mi brazo entusiasmado. ¡Había patos, cisnes, gaviotas, corcones, etc.! El agua transparente, o casi, porque estaba a media marea. Un par de bateles y varias piraguas, en fin, una vista casi idílica. Hay que reconocer que no mirábamos hacia Olibet.

No entendía, y lo dejó escrito en sus reflexiones, que una población con tan alta densidad tuviera todavía calles principales con circulación en doble sentido, Viteri o la Avda. de Galtzaraborda por ejemplo. Que hubiera una calle, peatonal, por cierto, con "dirección prohibida en los dos sentidos" donde además se circulara alegremente y a buena velocidad sin que la autoridad hiciera nada al respecto; incluso con plazas de aparcamiento en el centro de dicha calle (Miguel de Alduntzin y Arriba). Se asustaba por la alta velocidad a la que se circula habitualmente por el centro, y una de las cosas que más le llamó la atención era que la zona "mal" llamada peatonal no lo fuera en absoluto. En Europa sería impensable. Es más, sobre la calle Xenpelar y la subida al topo, preguntó si era el "circuito de velocidad" del pueblo. Le expliqué que los conductores, tras serpentear por el centro durante un buen rato, daban rienda suelta a sus habilidades automovilísticas y a la potencia de sus motores para subir la cuesta. Le hizo mucha gracia.

Un día me pidió visitar el cementerio, del que algo se acordaba. Le dije que aquel





cementerio que conoció ya no existía y que tenemos uno nuevo. No obstante quiso verlo, y le llevé a Zentolen. Por fin algo positivo. Le gustó. Según dijo, moderno, bien estructurado, con crematorio y amplio aparcamiento. Demasiado hormigón para su gusto, pero bueno... Del cementerio bajamos al centro (todo esto en coche, claro) y no entendía que para ir a tomar algo al Leku Zaharra tuviéramos que dar semejante vuelta cuando andando hubiéramos llegado mucho antes. Le indiqué que era una especie de dictadura turística, para así poder ver el pueblo en toda su dimensión. Le sonó a chiste y no se lo creyó. Le entiendo.

Tenía una idea de Errenteria como de pueblo muy industrial y enseguida se percató de que no veía ninguna fábrica. La mayoría las había conocido. Le expliqué que habían sido trasladadas a los extra-radios, a polígonos industriales, bien en Errenteria o los pueblos de alrededor, y que varias ya no existían. Según su entender, era algo consustancial a una ciudad moderna e hizo la pregunta del millón:

—¿La Papelera y la central térmica de Iberdrola tienen bula? ¿O es porque las inauguró Franco?.

Lo mejor fue callar y cambiar de conversación... ¿O quizá tenía algo de razón?

Según nuestras arraigadas costumbres, salimos algún día de poteo. Le gustaba la sidra, que ya conocía, no sólo la de aquí, sino de otros países, y le pareció excelente. Lo que no le pareció tan bien es el bullicio que armamos en los bares. No le entraba en su cabeza los decibelios que usamos para conversar; incluso hizo el comentario chungo:

—Aquí al revés que en el resto de Europa, habláis todos y calla uno (el que bebe). Pero... ¿ya os entendéis? Por más que presto atención no logro seguir una conversación. Dentro de la misma cuadrilla se hablan varios temas a la vez. ¡Qué habilidad!... y en cruzado además...

Fuimos a un bar de pintxos y se quedó maravillado de las alfombras tan originales que se forman en estos bares, compuestas de papeles diversos, restos de pan o comida, huesos de

aceituna, palillos, colillas (todavía se fumaba), etc. etc.. Masculló algo de forma ininteligible que preferí no entender. Pero me lo imaginó.

Para remate, un fin de semana le llevamos, ¡no faltaba más!, a la sociedad a cenar. La sociedad llena, nosotros unos doce, en familia. Comió muy bien para su edad, bebió moderadamente y no hizo ascos a un “café completo”, pero sobre todo habló poco y observó mucho. Le llamó la atención cómo nos afanábamos los cocineros, cómo otros colocaban las mesas, el orden que se lleva, etc. Hizo algún comentario sobre la sordera general y la falta de educación de algunos en particular pero creo que se lo pasó bien. Ya tenía alguna referencia sobre las sociedades gastronómicas y le gustó la organización que se lleva. Reconoció que en el norte de Europa era impensable este tipo de lugares. Me extrañaba que no hiciera ningún comentario crítico y mordaz, pero lo hizo al salir:



—*Si en este país se hiciera todo como aquí, trabajando tanto y todo tan organizado, tan lógico y con tanto cariño como lo hacéis en la sociedad, estaríais a la cabeza de Europa. Seguro.*

Como arquitecto, odiaba las ciudades con tanto hormigón y tanto ajeteo; sobre todo siendo una ciudad pequeña... más bien un pueblo mediano. Pero reconocía que, a pesar de todo, estaba bastante limpio. Me alegró de que no coincidiera con algún día de juerga popular (Sagardo Eguna, Sto. Tomás, 21 de julio etc.) porque habría cambiado de opinión drásticamente. También sacaba unas extrañas conclusiones sobre las torres de Olibet, las de Galtzaraborda, las de Kaputxinós y otras construcciones parecidas. Mascullaba algo sobre metros cuadrados, pesetas, promotores inmobiliarios, políticos...

—*Posiblemente es el único lugar de Europa donde pase esto. ¿Dónde estaban los dirigentes del pueblo? No hay leyes que prohíban tanta especulación... aunque es fácil de entender... ¿verdad?*

Las explicaciones sobraban y me hice el sordo. Como siempre nos pasaba, movió la cabeza negativamente y de repente me dijo:

—*Cuando me refiero a dirigentes, no sólo hablo del alcalde y concejales; también me refiero a los técnicos del Ayuntamiento, a los directivos de asociaciones o clubes, a los que dirigen asociaciones de vecinos, a los gerentes de las empresas más significativas, al pueblo en general... ¡Vamos!*

No pude más y me dio un ataque de risa. Le contesté:

—*Según lo que dices, todo el mundo debía estar en la cárcel, porque aquí todos tenemos algo de culpa.*

—*Estábais en el siglo XX. Un pueblo que no mira por su bienestar y su calidad de vida y que encima calla... no sólo calla, además traga, no puede pretender ser un pueblo libre. Y no tenéis excusa, porque muchas de estas barbaridades se hicieron después de la dictadura. En el Ayuntamiento habrá reuniones para consultar y decidir... el gobierno municipal oír al pueblo... ¿o no? No creo que las decisiones municipales sean unilaterales... se tendrá en cuenta lo que dice la gente...*

Esta vez el ataque de risa que me dio debió ser más escandaloso, porque llegó a preguntarme —*¿Te encuentras bien?*

Cuando se me pasó el ataque, y antes de explicarle por enésima vez cómo funcionaban aquí las cosas, me paré a pensar sobre lo que había dicho y me di cuenta de cuánta razón tenía. De lo poco que pintamos (no con brocha precisamente) en las decisiones sobre nuestro pueblo, sobre nuestras vidas y sobre el futuro de esta sociedad; del futuro del pueblo en que vivirán nuestros hijos y nietos. De repente me acordé de que los plenos se pusieron por la mañana y a primera hora, y así crear dificultades para que acudiera el pueblo a expresar sus opiniones y hacer valer su palabra. Y esto lo hizo un gobierno socialista... ¡menos mal! Debí de estar en trance algún tiempo, no sé cuánto, hasta que oí que alguien me decía:

—*¿Qué te pasa? ¿He dicho algo inadecuado?*

Era el tío Dieter, claro. Me disculpé y traté de ocultar la mala leche que me había entrado tras su comentario, y no con él, sino conmigo mismo, al reconocer que lo que había dicho era cierto. Tenemos que pararnos a pensar más a menudo y posiblemente veamos las cosas desde otro prisma, aunque no vale sólo el pensar, si esos pensamientos no llevan a actuar para cambiar muchas cosas.

—*Te entiendo —me decía— el cambiar las cosas en este país tiene que ser muy difícil y complicado. Son muchos siglos de feudalismos, monarquías dictatoriales, la Iglesia, la Inquisición y los últimos cuarenta años de dictadura militar-religiosa... muy difícil... muy difícil.*

Aunque terminó la frase pensativo. De repente, y como quitándose un peso de encima, dejó caer:

—*En esta península siempre ha sido igual desde los tiempos de Viriato... y eso que anteriormente no lo sabemos, porque no hay datos escritos.*

Uno de los sitios que más gracia le hizo fue la rotonda de Alaberga. Además en ese momento pasaban dos autobuses de línea, y me hizo el comentario...

—*Qué faena que hicieran esta rotonda y luego pasasen los autobuses, ¿no?*

—*Es al revés –le contesté– se hizo cuando ya existían estas líneas y varios autobuses escolares. Y se tuvo que reformar, porque tenía más radio que ahora y no entraban.*

Me miró fijamente, pensando que le tomaba el pelo, y al asentirle con la cabeza no pudo por menos que darle un ataque de risa. No era para menos.

—*¿Quién la diseñó?, ¿un arquitecto o un político?*

Estuvo un par de días más y le llevé de vuelta a Biarritz para coger el avión. Miraba pensativo el paisaje e hizo el comentario de turno:

—*Es curioso, sólo pasar la raya de frontera cómo cambia el entorno. ¿Será verdad eso de que Europa termina en los Pirineos?*

Yo para mis adentros pensé que sí. Y también me hizo pensar algo, quizás por primera vez. ¡Qué diferente es Iparralde!... ¿Por qué?

No hablamos mucho más hasta el aeropuerto, donde además llegamos algo justo. Las clásicas despedidas, y según iba hacia la puerta de embarque me dirigió las últimas palabras:

—*Lo he pasado muy bien, te enviaré mis impresiones escritas. Cambiar... tenéis mucho que cambiar... en todo. Voy a proponer en la O.N.U. que nombren a Errenteria como Monumento de*

*la Humanidad contra la especulación inmobiliaria y contra los políticos...* ya no entendí muy bien lo que seguía diciendo, pero creo que era una larga serie de adjetivos en alguno de los cinco idiomas que dominaba.

Volví a casa con esa palabra en la cabeza: Cambiar... cambiar qué... cómo cambiar... a quién cambiar... cambiar...cambio... quién cambia... En este momento con la feroz crisis en la que estamos sumidos me acuerdo más de sus críticos comentarios y de sus últimas e irónicas palabras al pie de la escalerilla. Y la única conclusión a la que llego es que hay que cambiar, sí pero... ¡¡hay que cambiarlo todo!!

No sé si lo lograremos, quizás ni lo intentemos... que es lo más probable, porque aunque entramos en la Comunidad Europea, no hemos entrado en el Sentido Común Europeo. Nuestra idiosincrasia es la que es y harían falta varias generaciones para cambiarla. Lo que sí nos hace falta es ser más participativos como ciudadanos y tener más de eso que aparece más arriba: sentido común... y de otra cosa que tenemos más abajo... ¿ ?

Siempre tiene que ser alguien de fuera el que nos haga ver nuestros defectos y, claro está, nuestras virtudes, que haberlas *hailas*...pero no utilicemos la balanza... para qué... es muy posible que nos llevásemos una decepción.

—*Pero, de todos modos... no nos ha ido tan mal...¿no?* dije en voz alta.

No hay forma... no cambiaremos nunca.